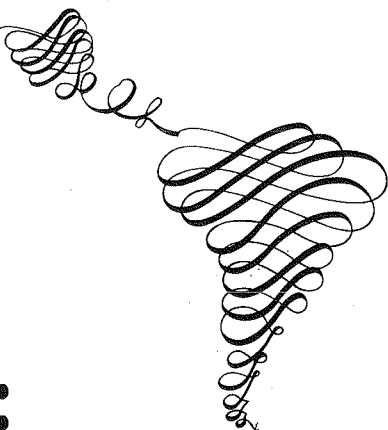




América y Europa: percepción y elaboración de una imagen

María Concepción Bravo Guerreira *

DESDE 1492 y a lo largo de 500 años Europa ha mirado hacia América tratando más de incorporarla a sus propias inquietudes, haciendo de ella un espacio imaginario donde lograr sus sueños o justificar su acción colonizadora, que de comprenderla o asimilarla en su propia esencia. No obstante, su tema ha sido la palanca de un largo proceso intelectual que estimuló el desarrollo del pensamiento filosófico político y económico occidental más que el enriquecimiento de sus letras o de su arte.

Acceder al conocimiento y a la comprensión de lo americano no ha sido nunca fácil para Europa. Tampoco hoy cuando se cuestiona el empleo

* Catedrática de Historia de América de la Universidad Complutense de Madrid.

del término «Descubrimiento». En el fondo de este debate subyace una sombra de duda sobre lo que América fue y es realmente para el mundo europeo, el cual, a pesar de todo, pretende seguir siendo el centro alrededor del cual giran los acontecimientos que envuelven el destino de una humanidad fragmentada en pueblos que se esfuerzan denodadamente por establecer los principios de su propia identidad. La corriente, convertida en torrentera de postulados filosóficos, científicos y políticos, que sustenta la ideología que justifica los principios de estos pueblos ha surgido con frecuencia de tesis establecidas por los pobladores del viejo mundo clásico. Incluso si esos principios se invocan como contrapunto de planteamientos surgidos de otras mentalidades y culturas.

Cualquier lector, oyente o espectador interesado en el tema americano, siente hoy, quinientos años después de que la imagen de un nuevo mundo empezara a perfilarse en la conciencia del hombre europeo del siglo XVI, que la idea de esa imagen no está claramente definida. La inflación de literatura e información de todo género que inunda los medios de comunicación, lo deja a merced de sus propias reflexiones sumergiéndolo en la duda de lo que ha sido, lo que es y lo que puede ser América, sobre todo esa América llamada Latina, que se ofrece a la vez multiforme y única como un tema recurrente a propósito de cualquier instancia de las necesidades de formación/información del hombre moderno.

Y no olvidemos el hecho de que fue precisamente al hilo de la fecha de 1492 cuando se abrió para el hombre una etapa marcada por la modernidad y por la búsqueda de su dignidad individual. Porque sin duda, las cuestiones que se plantean en ese umbral de la modernidad, son sobre todo, y junto a la exaltación del individualismo y de la creatividad, la pasión por lo nuevo y la búsqueda de una objetividad que conducirá como uno de sus mejores logros, el discurso crítico.

Espacio para la Utopía

EL hombre europeo inició ese proceso de búsqueda precisamente y, posiblemente, impulsado por ella, en el momento en que la idea de un mundo que se le ofrecía y presentaba como nuevo, emergía de los límites del ámbito geográfico en que se habían encerrado sus experiencias, su pensamiento y su conocimiento.

Cuando ese conocimiento parecía agotarse en la reinterpretación de la tradición clásica, que se estaba imponiendo como un espejo en el que la sociedad cuatrocentista buscaba un nuevo modelo para renovar su imagen y encontrar su propia identidad, después de largos siglos de ruptura y olvido de sus orígenes más remotos, la empresa americana abrió un campo inesperado a nuevas experiencias que ampliaron su horizonte y que a la larga constituyen tanto el objetivo del acceso al conocimiento de lo desconocido, como el acicate de un proceso de introspección sobre la esencia misma de la propia cultura europea y su idea de la naturaleza del hombre.

No obstante la conciencia de que se había llegado a un mundo nuevo se abrió paso sólo de forma lenta en la mente y en la conciencia del hombre europeo. Fue como señala J. H. Elliot (1) un «impacto incierto». El impulso de conocer y sobre todo de interpretar lo desconocido desde sus propios parámetros, condujo a un largo proceso que ha sido definido como la «invención de América» (2). Podía decirse también que América más que inventada fue soñada por el espíritu europeo del siglo XVI que no dejó más tarde de hacer de ella una construcción intelectual. Fue soñada en un largo y lento intento de establecer un ajuste entre la idea del hombre y del mundo que se conocía y la realidad que paso a paso se iba perfilando hasta imponerse a partir de un ejercicio intelectual difícil, porque la observación y la verificación de lo americano se hacía a partir de una información contenida en textos que ofrecían descripciones literarias teñidas del inevitable subjetivismo de sus autores.

En ellos la realidad, por sorprendente, se transmuta en fantasía ya en la mente de los primeros observadores pertenecientes a una generación que no había renunciado a lo maravilloso en un viejo mundo, que para encontrarse a sí mismo recurría a la tradición clásica, pero enriquecida con lo medieval.

De repente las maravillas del mundo que Mandeville o Megenberg (3) habían situado en los confines septentrionales u orientales del conti-

(1) J. H. Elliot: *El viejo mundo y el Nuevo. 1492-1650*. Alianza Editorial. Madrid, 1970.

(2) Edmundo O'Gormand: *La invención de América*. 2.ª edición. F.E.C. México, 1977.

(3) John de Mandeville: *Libro de las maravillas del mundo*. Edición y notas de Pilar Litia, Zaragoza, 1979.

Konrad Von Megenberg: *Buch der Natur* (Libro de la Naturaleza). Augsburg, 1482.

nente euroasiático, se trasladaron al occidente más allá del límite establecido al ecúmene en las columnas de Hércules.

Maravillas y leyendas que parecían hacerse comprobables en América empezaron a convertir la idea de aquel continente misterioso por desconocido en un espacio concreto en el que podían resolverse situaciones inalcanzables o imposibles en Europa, pero a cuya consecución Europa empezó a no querer renunciar. América, como se ha dicho reiteradamente, se convirtió en el país de la utopía.

Sueños de utopía que cristalizaron en una nueva concepción cristiana de la Historia. Porque cuando España se consideró como un instrumento de la Providencia divina que había permitido el conocimiento de esas tierras nuevas para difundir en ellas la fe cristiana, su actitud y la de los teólogos y juristas que la sustentaron, no supuso otra cosa que renovar la línea que arranca en la obra de Osorio, el cual veía, no sólo que Cristo nació bajo el reinado de Augusto en un mundo unificado y pacificado que permitía la difusión del cristianismo, sino que las mismas invasiones bárbaras ofrecían, sobre todo, la oportunidad de difundir el Evangelio entre los paganos.

Los nuevos «bárbaros», o los inocentes e ingenuos salvajes que describían los primeros viajeros, y en seguida los misioneros, hicieron reverdecer además del mito medieval de la existencia en lugares ignorados del mundo, de pueblos sencillos, felices, y virtuosos, no contaminados por la corrupción, los sueños milenaristas del franciscano Joaquín de Fiore, que quisieron ver en ellos un material humano para ensayar un nuevo modo de predicación. Franciscanos y Jesuitas persiguieron esta utopía con modelos de sociedad ideales (4).

Aunque tampoco faltaron quienes buscaron en el lejano espacio americano la utopía de la libertad sin trabas, como lo hiciera Lope de Aguirre.

Tierra de utopías y espacio mítico; fugaz caleidoscopio de sueños, al decir de Antonello Gerbi. A ella traslada Europa sus propios mitos, inalcanzables en su ámbito: El Paraíso Perdido, La Edad de oro de los primitivos, Las Amazonas, La isla de San Barandán o las Siete ciudades perdidas.... Mitos que se reinterpretan en una geografía fantástica, cuya auténtica realidad apenas se desbroza en textos que se esfuerzan por hacerse asequibles a la comprensión del europeo. Pesaron más las ideas

(4) Georges Baudot: *Utopía e Historia de México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*. Espasa Calpe, Madrid, 1983.

de lo que se quería buscar y ver, que las de los que realmente vieron y describieron los autores que sentaron las bases de una nueva Historia Natural (5). En muchos de sus textos se advierte el interés por describir la diferencia de una naturaleza de formas, colores e incluso olores y sabores diferentes pero concretos.

Sin embargo al igual que sucedió con las descripciones de los usos y costumbres de sus gentes, la percepción y conocimiento de lo americano fue engañosa y contradictoria, porque la mayor parte de aquella información tan profusa, no llegó a ser divulgada en su momento por la letra impresa. Los mitos propios de las culturas indígenas apenas trascendieron a la literatura europea. El del Dorado, que impulsó los afanes de tantos viajeros y exploradores que lo persiguieron, no dejó de ser una invención del hombre blanco a partir de indicios más o menos reales, proporcionados por los indígenas.

América, pecado de Europa

PERO esa visión contradictoria y fragmentaria no dejó de dar pábulo a las reflexiones, nunca desapasionadas, de los pensadores europeos que se plantean a propósito de América y sus habitantes, y de la situación de éstos como consecuencia de su descubrimiento, con una perspectiva antropológica, además de la geográfica y la histórica, teñida de consideraciones étnicas y morales, una serie de cuestiones sobre los conceptos de su propia civilización frente a la barbarie de aquellos hombres a los que ya no veían como ingenuos e inocente hijos de la naturaleza.

Ciertamente el pensamiento europeo se inicia en el discurso crítico a propósito de la consideración de la humanidad concebida como un modelo, como una entidad abstracta en la que quisieron ver el espejo de su propio pasado, del proceso de transformación de la humanidad y los condicionantes que pudieron influir en ella. La polémica quedó abierta, la «Disputa del Nuevo Mundo» (6) encendió la retórica de los nuevos inter-

(5) Antonello Gerbi: *La Nature delle Indie*. Milán, 1953.

Josefina Oliva de Coll: *Terra Ignota. La Geografía de América Latina a través de los cronistas de los siglos XVI y XVII*. Trillas, México, 1986.

(6) Antonello Gerbi: *La disputa del Nuevo Mundo*. F.C.E. México, 1960.

pretes del destino y la suerte de una humanidad cuyo carácter policultural y multirracial (la presencia de raza negra y el fenómeno del mestizaje empezaron a ser percibidos como parte de aquella realidad), no fue suficientemente considerada.

El impacto de lo americano, por incierto que fuera, no dejó de ser importante en toda Europa, posiblemente porque empezó siendo el resultado de una empresa española cuando España estaba en el proyecto europeo de Carlos V. Y más tarde, cuando ese proyecto europeo se esfumó y Europa veía con recelo que, a pesar de todo, su desarrollo económico que inevitablemente dependía del flujo de las riquezas que llegaban de América, estaba limitado por la condición metropolitana de España, las críticas se volvieron contra la eficacia de la acción colonizadora que fue fundamentalmente la española.

No sin tintes de hipocresía, invocando consideraciones de tono ético y moral, esa crítica alcanzó en los argumentos de los ilustrados del siglo XVIII sus tonos más sutiles en la elaboración de una ideología que intentaba tener como centro el análisis de la condición humana. Parecía preocuparles el punto de barbarie que se agazapa en el corazón del hombre civilizado al que domina la avaricia y la ambición. Pero iniciaron su retórica partiendo de las reflexiones sobre la influencia del medio natural sobre el hombre como posible explicación de la unidad o diversidad del origen de la especie y las diferencias y cualidades de las razas.

El hombre es un elemento más en el objetivo de elaborar una Historia Natural que se interesaba tanto por las especies vegetales y animales como por las sociedades humanas. Pero desde estas reflexiones que informan en 1749 la obra de Buffon (7) en la cual la referencia a América constituye un tema esencial al considerar al hombre americano como la «juventud del mundo», capaz de acceder a estadios civilizados sin conocer la rueda o el hierro, o sin disponer de alimentos como el trigo, se pasa a las de Paw, que en 1774 (8) denunció la acción arrolladora y corruptora de la civilización personificada en la colonización española, sobre las virtudes desaparecidas del hombre natural y la degeneración, también de los criollos de América; si bien en este caso sigue los argumentos deterministas de Buffon pero sin aceptar como él la perfectibilidad de la raza.

(7) Jorge Louis Buffon: *Histoire Naturelle, Générale e particulière*. En *Oeuvres complètes*. Paris, 1833.

(8) Cornelius de Paw: *Recherches Philosophiques sur les Américaines*. Berlín, 1774.

Frente a la opinión del naturalista, de que la civilización es el resultado de la acción del hombre sobre la naturaleza, y frente a la imagen difundida en el siglo XVII por Montaigne de una América rica y fabulosa, de Paw la describe como un espacio desolado y casi despoblado cuyos habitantes son incapaces de defenderse de la civilización. Considera el «genio embrutecido» de los americanos, sin distinción de indios, negros o criollos, como una degeneración provocada por el clima. Ciertamente que en España no faltaron voces que invocaban este determinismo en las transformaciones psíquicas y aun físicas de los criollos, que expresaban los prejuicios y suspicacias frente a éstos, asimilados a lo indio y lo mestizo, reflejados en las trabas de una legislación que limitaba para aquellos el ejercicio de determinadas funciones administrativas. Era como una justificación o legitimación de la propia política colonizadora española que alentó lo que hoy podríamos calificar de complejo de superioridad del español nacido en España que, a su vez, despertó el recelo de indios y criollos frente a «chapeltones» o «gachupines».

A propósito de este tema también en España se debatió la disputa del Nuevo Mundo, que ya en el siglo XVII tuvo en el jurista Solórzano Pereira un decidido defensor no sólo de las cualidades del criollo y del mestizo, sino de los indígenas a los que se debe acercar con espíritu de comprensión, porque de lo contrario «tan bárbaros seremos nosotros para ellos como ellos para nosotros» (9).

No obstante, esas opiniones despectivas para los criollos no impidieron que en los círculos políticos e intelectuales franceses o ingleses, el limeño Pablo de Olavide fuera considerado, elogiado y admirado incluso por Diderot y Voltaire como la sublimación de los valores americanos perseguidos por la intolerancia de la inquisición española; o que Francisco de Miranda mereciera del mismísimo William Pitt la atención suficiente como para diseñar con él un ambicioso proyecto político que suponía la restauración, en el continente suramericano, de un imperio comparable al viejo Tahuantinsuyu, con una constitución que regulara el gobierno de un Inca hereditario asistido por un senado vitalicio.

Era en cierto modo el resultado de la corriente de opiniones negativas de los ilustrados franceses sobre la colonización americana personificada en la responsabilidad de la monarquía española, que alcanzó su más alto

(9) Juan de Solórzano Pereira: *Política Indiana* (1647). Compañía iberoamericana de publicaciones. Madrid, 1930. Libro IV. Capítulo XV, 44.

nivel de acritud cuando en 1774 llegó a expresarse en los argumentos de auténtico «manifiesto» de Historia y Política en la obra del Abate Raynal, considerada como una verdadera «máquina de guerra» del autor (10), impulsado por intereses políticos y problemas económicos.

La inquietud y el interés europeo por lo americano se acrecienta a partir de la insurrección de las colonias inglesas en América del Norte, principio del fin del control colonial. Y ese interés se refleja en la convocatoria de concursos anuales a partir de 1783, a propuesta de Raynal, para premiar el mejor ensayo sobre el tema de la influencia que tuvo el descubrimiento de América en el destino de la Humanidad.

Se reaviva así esa construcción intelectual de América que se iniciara en el esfuerzo de López de Gómara cuya obra significó sin duda la apertura de una corriente historiográfica que fluctúa entre justificaciones o denuncias, a partir de los datos de la relaciones o crónicas conocidas hasta entonces. Mucho menos numerosas que las que hoy están a nuestro alcance, no lo olvidemos. Y aunque en ellas los datos sean en la mayoría de los casos de una veracidad que la investigación actual ha hecho posible confirmar, adolecen con frecuencia de una imprecisión que no fue advertida y que sustentó interpretaciones alucinadas que se fueron convirtiendo en asertos indiscutibles para historiógrafos o políticos que los esgrimieron en defensa de sus propios planteamientos o sus propios juicios; juicios que se resuelven, generalizando la diversidad de situaciones y planteamientos, en la elaboración de una imagen de lo americano como una unidad indisoluble lo que la convierte necesariamente en engañosa, ambigua e imprecisa, pero que fue aceptada por la autoridad que se otorgaba a la calidad intelectual o literaria de quienes los establecieron.

La visión literaria y artística

PORQUE también la literatura europea convirtió a América en espacio de ficción para fabulaciones que con frecuencia pretendieron ser históricas, iniciando un género que florecerá con más vigor en el siglo XIX, y en la que al igual que en esta producción romántica, el rigor histórico deja de ser una preocupación para sus auto-

(10) Michèle Duchet: *Antropología e Historia en el Siglo de las Luces*. Siglo XXI. México, 1975, p. 114.

res, que hacen suyos los alegatos moralizantes de historiógrafos y filósofos.

Aunque se ha insistido y con razón en que la producción puramente literaria sobre el tema americano no alcanzó nunca la riqueza que cabría esperar de unos hechos que despertaron el interés y la curiosidad en Europa, no deja de advertirse que también desde esa perspectiva la imagen americana va sufriendo el mismo proceso de elaboración que evoluciona en el pulso de la moda o las influencias marcadas por los cambios en el pensamiento occidental.

Mucho antes de que Marmontel escribiera su novela *Les Incas ou la destruction de Empire du Pérou* (1778), que desborda su fantasía en una imposible entrevista entre Motecuzoma y Atau Hualpa, otros autores habían buscado en el indígena y en el paisaje americano la inspiración para sus obras literarias. El interés por la empresa americana mereció al menos una referencia en alguno de los cantos del *Orlando furioso* de Ariosto, que la identifica con la figura de Carlos V en tonos de epopeya; o de la *Jerusalén libertada* de Torcuato Tasso que exalta el carácter profético de los sueños colombinos. Pietro Bembo en su *Historia Veneciana*, enfoca el tema con otra perspectiva: El ambiente bucólico en que viven los habitantes del Nuevo Mundo no le hace olvidar el tremendo golpe que ha asestado al poderío económico veneciano el descubrimiento de unas tierras cuyas riquezas van a quedar fuera de su control. Su visión idealizada no hace otra cosa que reflejar la que divulgan los textos de crónicas y relaciones extrayendo de ellas las alusiones al componente mítico que las impregna, pero en su ánimo parecen pesar más que ese mundo idealizado, las consecuencias que acarrea su posible realidad.

Por otro lado la escasa presencia del tema americano en las letras y también en la creación artística del Siglo de Oro español es tan llamativa que sólo cabe achacar al tremendo espíritu de autocrítica a que fue sometida la empresa americana, esa especie de paralización y aun de rechazo ante la misma, como fuente de inspiración creadora. Pero en la imagen literaria de América sin duda, marca un hito la visión que refleja la *Araucana*, porque ésta nace de la propia vivencia del autor, que se siente conmovido por el indígena y el paisaje en que se mueve. En ella el historiador cede lugar al poeta, hasta el punto de que la crítica más moderna todavía no ha podido superar la diferencia entre su veracidad histórica y el ropaje literario de su texto. No es de extrañar pues, que los autores que sintieron América en la distancia trasladaran a sus obras en tono épico y dolorido la

derrota del indígena ante el blanco español, que deja de ser el héroe de Ariosto o de Tasso, para convertirse en tirano destructor de inocentes indefensos.

Esa es la imagen que ofrece el teatro del siglo XVII en obras como la del inglés Davenant, *La Crueldad de los españoles en el Perú*, de reminiscencias Lascasianas, que presenta en una escenografía de tierras tropicales la providente llegada de una flota inglesa a las costas del Perú para librar a sus infelices habitantes de la presencia cruel de los españoles. El poema épico da paso al drama de los indígenas desposeídos en obras que funden los espacios de México y Perú, de Incas y Tlatoanics que hablan y se comportan como los personajes clásicos de la literatura griega o romana. América es una mera ficción literaria en la que sólo el paisaje parece tomarse como referencia real, pero es imaginada. Más de una docena de óperas tenían un Montezuma como personaje central. No importa que en una de ellas ostente el título de Inca (11).

El cuidado por el aspecto clásico de las representaciones teatrales parece superar el del rigor histórico o la preocupación por reflejar otra mentalidad y otra cultura (12). Pero aun así, la dificultad para asimilar nuevos modelos a los cánones impuestos en el arte por la brillante renovación renacentista o barroca, impidió el acercamiento de los artistas europeos a unos temas que no dejaron de caer en el estereotipo de la estética occidental. Es cierto que la difusión de obras impresas con ilustraciones tomadas del natural, fundamentalmente en grabados, no fue fácil. Los artistas europeos siguieron las pautas de las descripciones literarias porque los modelos inspirados en el arte indígena no fueron muy abundantes. La riqueza de las pictografías mexicanas, por ejemplo, quedaban muy lejos de su sensibilidad y aun de su conocimiento directo. Apenas unas figuras reproducidas en la *Retórica Christiana* de Juan de Valdés, impresa en Perugia en 1579, pusieron al alcance del artista europeo el verdadero estilo pictográfico de los Códices Méxica, pero despojados de la insuperable riqueza de su asombroso cromatismo. Sólo el arte del siglo XX ha sido capaz de valorar e incorporar esos modelos, a pesar de que ya en el siglo XIX la imprenta empezó a difundir algunos de ellos en ediciones facsimilares; pero apenas despertaron otro interés que no fuera el de los eruditos que también procuraron hacerse con copias hechas por artistas

(11) Henrich Purcell: *The Indian Emperor* (1691).

(12) Hugh Honour: *The New Golden Land. European Image of America from the Discovery to present time*. New York, 1975.

anónimos, admirablemente fieles a los originales que empezaron a ser exhumados del olvido de los archivos (13).

La visión científica

AUN así no fue a través de la representación clásica como la imagen americana cambia de perfiles en el giro del siglo XIX. El desarrollo del conocimiento científico determinó que una nueva visión más objetiva se dibujara paso a paso, al convertirse aquellas tierras en campo de verificación de los principios universales que definían las ciencias de la tierra. Desde los viajes de La Condamine o de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, América pareció vislumbrarse como un inmenso laboratorio de comprobaciones de las leyes de una naturaleza cada vez más aprehensible para el hombre. Y cuando el Barón Alejandro de Humboldt empezó a publicar las impresiones de su periplo por tierras caribeñas, andinas y mesoamericanas, puso al alcance del público europeo una nueva interpretación de su realidad física y natural. Ajeno al tono apolo-gético o al sentimentalismo de los autores de siglos pasados, el sabio alemán analiza las diferencias entre «pueblos naturales», como los caribes y pueblos de alta cultura, manifestando un profundo respeto por todo lo que se refiere a la «nación india», como parte del resto de la humanidad. Y abre una nueva línea de interpretación que sentará las bases del moderno americanismo europeo.

Estos viajeros científicos y cuantos los siguieron a lo largo del siglo XIX, han podido perder la ingenuidad de los descubridores del siglo XVI, pero no su capacidad para asombrarse ante un mundo que redescubren de nuevo. Junto a las observaciones científicas de Humboldt, surge la visión romántica, teñida de color local, que ofrecen las sociedades indígenas y mestizas de los pueblos y ciudades de las jóvenes repúblicas consideradas, también ahora, como la cristalización de los aires de libertad que se persiguen en Europa. América parece por fin abierta como campo promisorio para todos aquellos pueblos o individuos que quieran ampliar sus horizontes. Los intereses personales o estatales, económicos o políticos que alientan los sueños de un mundo que parece hacerse nuevo todo

(13) José Alcina Franch: *Fuentes indígenas de México. Ensayo de sistematización bibliográfica*. Separata de *Revista de Indias* Año XV. Número 61-62.

él, vuelven sus ojos esperanzados hacia la otra orilla del Atlántico. Cuando una nueva generación de viajeros llega a América en el fin del siglo con motivaciones más específicas, bien en busca de material para el estudio de sus antiguas civilizaciones (14), o animados por las expectativas que pudieran ofrecer las nuevas naciones de cara a la explotación de sus recursos, aún pervive el aura romántica que iluminaba las páginas de algunos de los pasajes de los *Cuadros de las Cordilleras* del Barón de Humboldt.

La Exposición Universal de París de 1889, deparó por fin a muchos europeos la posibilidad de conocer siquiera fuera parcialmente, algunos fragmentos de la realidad de aquella América soñada y recreada. La magnificencia de algunos pabellones hacía presumir, a juzgar por las muestras de sus productos y sus datos estadísticos un portentoso desarrollo urbano demográfico y económico. Sorprendido por esta apariencia brillante y prometedora de las nuevas repúblicas, Theodore de Child inicia un viaje a las de Argentina, Uruguay y Paraguay, Chile y Perú. Y no con el espíritu aventurero o la audacia del explorador o la curiosidad del científico. El no se arriesga por caminos imposibles de tierras inhóspitas. Le interesaban sobre todo los centros urbanos y a lo sumo aquellos núcleos rurales a los que pudiera acceder con una cierta comodidad. Quería conocer sencillamente el nivel de desarrollo de aquella América real y comprobar hasta dónde había llegado el progreso de la civilización en esas tierras australes.

Las impresiones de su viaje no fueron alentadoras. Su obra parece anunciar a Europa el naufragio de la utopía americana (15). Encontró que los ideales que habían inspirado la lucha por su independencia se habían diluido en la perpetuación de las ambiciones de las elites, mientras que las masas populares apenas habían percibido los derechos de su libertad de nuevos ciudadanos. Esas sociedades habían generado unos contrastes profundos e insalvables.

Esta es la imagen que ha elaborado Europa, pero una imagen que a su vez es también la del europeo que lo largo de los siglos se instaló en América y contribuyó a convertirla en lo que hoy es. Una imagen de europeo americanizado que llega a fijarse en estereotipo, consagrado también en la historiografía actual, con parámetros diferentes si se trata de franceses o anglosajones, («colonos», «peregrinos», «granjeros»...), o si

(14) Charles Wiener: *Pérou et Bolivie*. París, 1880.

(15) Théodore Child: *Les Républiques Hispano-américaines*. Librairie Illustrée. París, S. A.

fueron los españoles, («conquistadores», «soldados», «buscadores de tesoros», «depredadores»...).

Y a tenor de esto, la imagen que con frecuencia devuelve hoy a Europa la América Latina en su Literatura, en el discurso político o económico como un arma arrojadiza contra el viejo pecado de España, es la de las poblaciones indígenas y mestizas, la de la pobreza y marginalidad de los herederos de sus culturas autóctonas. Pero América a pesar de todo, a pesar de ese naufragio de la utopía americana, que llegó a ser también europea es y puede ser algo más. Porque, y esto es algo que al fin ha comprendido Europa en su largo esfuerzo intelectual, constituye un riquísimo repertorio de vigencias culturales propias y ajenas que constituyen la base de sus pueblos y que le dan personalidad suficiente para que puedan configurar su propio mundo futuro. A pesa de que siga siendo también aun hoy espacio para sueños y quimeras que a veces se conviertan en verdaderas pesadillas de visionarios e iluminados que realzan desde ella sus intentos fallidos en Europa.

Pero además todavía puede seguir siendo un desafío a las posibilidades de renovación de una humanidad rota y desgastada para estimular los ideales de una solidaridad entre los pueblos de las dos orillas del Atlántico.